

Siempre se trató de ella

Cabi Cabi



Capítulo 1

INTRODUCCIÓN

—Entonces no me amas.

—Sí, te amo. No entendés...

La sala estaba llena de muebles, sin embargo, nuestras voces hacían eco como si estuviera totalmente vacía. Casi como mis fundamentos en la decisión de separarme para siempre.

Caminaba entre el mobiliario del comedor agarrándose los pelos de la frente, como si aquello le diera el poder de entendimiento ante tan abrupta decisión unilateral de mi parte.

—Decime que hay otra persona, por favor...

Me rogaba con los ojos estallados en lágrimas de dolor y de bronca. Le sostuve la mirada inquisidora para responderle un rotundo "No, no hay otro".

Claro que sería más fácil que hubiese un tercero en discordia, así por lo menos podía odiarme. Pero no podía hacerlo, le estaba matando la intriga. La intriga de él, era la certeza de mi niña interior. Esa niña que me hablaba tan clarito que no podía, por más que lo intentara, dejarla a un lado y eludir sus caprichos evolutivos.

—Necesito odiarte...

—Odíame, si eso te hace bien. Pero no puedo ir contra lo que siento, de verdad que lo siento, te amo, pero ese amor transmutó...

—¡No me digas pavadas! Si me amaras, no pensarías en separarte...

No supe qué más responderle. Intenté abrazarlo para calmar un poco su dolor, que era el mío también. Culturalmente se piensa que aquel que toma la iniciativa de separación, de romper un vínculo, está en perfecto estado anímico. Pero no es así, por lo menos en mi caso, yo también estaba rota. No fue una decisión fácil. Pero sí la correcta. De eso no tenía ninguna duda. Lo que sí es indiscutible es que: quien toma la iniciativa de romper el vínculo, ya hizo el duelo hace tiempo.

Teníamos planeado recibir visitas esos días. Justamente a sus padres. Me puse a pensar cuándo había sido la última vez que los había visto y cómo

es el destino: que uno nunca sabe cuándo será la última vez que verás a alguien, cuando será ese último beso. En definitiva, nunca se sabe cuándo es un "último" lo que sea, ¿no? Se encargó él de informar la situación a su familia y cambiar el destino de viaje. Así fue, que en unos días él marchó con su familia más hacia el sur y yo quedaba sola en casa.

No quería apresurarlo, pero me era de vital importancia saber qué hacíamos con la casa, si me quedaba yo, o él la habitaría solo. Antes de partir me dijo que volvía y se ponía en búsqueda de alquiler.

Lo acompañé a tomarse el colectivo. Como en las películas de Hollywood, donde el amor reina y lo puede todo y en un abrazo se funden las almas eternas y nunca más se separan y vuelven a estar juntos para siempre, que, casualmente ocurren en aeropuertos, terminales de ómnibus o de trenes; Bueno, nada que ver. No hubo un abrazo más frío que el nuestro. No me miró, no miró hacia atrás y me dio unas palmaditas en la espalda. Estaba herido, enojado y triste. Y yo estaba triste, culposa y sedienta de libertad. Una escena fatal, no había que mejorar ni empeorar nada. Ya estaba todo dicho.

No quise quedarme hasta que el colectivo saliera de la terminal. Me di la vuelta, lloré y me volví a casa. Fumé un porro, me tomé un litro de cerveza y me quedé dormida.

Amanecí triste, abrí su ropero y olfateé como un perro su ropa, lloré, lo extrañé. Pero era más la pena que me daba la situación, que la decisión en sí. De eso siempre estuve segura, mi decisión era la correcta. Pero dolía.

Después de desayunar tres hojas escribiendo y unos mates amargos, decidí moverme. Cambié el acolchado bordo que tanto odié en esos años, puse el amarillo estafalario y tiré los repasadores típicos a cuadros y los reemplacé por unos rosados de microfibra, que no sirven para nada más que para secar los platos. Pero no me importó. Tampoco me importaba pensar que el acolchado amarillo era más clarito que el bordo y se me iba a ensuciar más rápido. Nada me importaba, y al cambiar ese color bordo y darle vida a la habitación con el color amarillo brillante, la sonrisa se instaló en mi cara. ¿Acaso se podía estar triste y feliz a la misma vez? Me sentía culpable de estar bien, no me podía dar ese lujo. ¿Qué diría el resto de la gente? ¡Qué horrible persona que soy de sentirme bien cuando él está tan mal! ¡A la mierda! Me sentí bien, y entonces me fui a comer un cheesecake y tomar un café a mi cafetería preferida. Lo disfruté como quien va solo al cine y come pochoclos y ríe a carcajadas sin que nadie le diga que se calle.

CAPITULO UNO

Vivía corriendo y sonriendo a la misma vez, como si correr fuera mi deporte favorito, lejos de eso. Correr no siempre es bueno, a veces te hace doler las articulaciones, sobre todo cuando no es tu actividad diaria hacerlo. A veces corremos de manera obligatoria, por ejemplo, cuando no alcanzas a tiempo el colectivo que tenías que tomar urgente. Otras, por una necesidad notoria del cuerpo físico. Como cuando te dan ganas de comer naranjas que sabes que son buenas, pero no son tu fruta preferida, pero sabes que es el cuerpo el que te las está pidiendo. Seguramente la ciencia diga que te faltaba vitamina C. En fin, correr hace bien, de vez en cuando, como todo en esta vida. Los extremos son malos. A pesar de saberlo yo siempre corría. Lo hacía mientras sonreía al mismo tiempo, sin darme cuenta, tal vez que no era mi actividad preferida.

Sonreír sí es bueno, para todo. Encorvar los labios, aunque sea sin ganas y con gran esfuerzo engaña al cerebro y este mediocre, que a veces actúa de jefe malvado de nuestros días, es engañado nefastamente, casi me atrevo a decir que es engañado estúpidamente, porque si bien es tremendamente manipulador, a veces se excede de inocente. La idea es desorientarlo, porque el pillo se cree tener la vaca atada, pero si le tendemos la trampa cae en picada.

Yo soy o era así. Sentía y actuaba. Nunca pensaba tanto las cosas, ni siquiera tomaba en cuenta, sólo sucedía. No sucedían solas las cosas, lo que sucede que es soy tan curiosa que veo una puerta entre abierta y quiero saber qué hay detrás. Si es algo oscuro trato siempre de prender la luz, de dar con la perilla. Pero no tengo tanta paciencia, si no la encuentro, salgo de esa habitación y sigo corriendo. En realidad, no es paciencia la que me falta, sino más bien es que me aburro rápido. A veces me apago camino muy lento y dejo de sonreír. Pero hago exactamente lo mismo que cuando corro, no miro a mi alrededor. Obviamente sé que esa parte de mi vida es la que tengo que trabajar. Y no hablo de un trabajo arduo, al contrario, es mucho más sencillo. Es caminar en vez de correr, si tengo ganas de correr, debería hacerlo, pero de vez en cuando caminar para tomar aire es agradable, y puedo intentar dar una miradita alrededor. Ahí está la magia. A mi alrededor.

Y así como iba corriendo por la vida, me crucé con gente. Con mucha gente, en algunas ocasiones frené, conversé y amé. Porque el amor para mí es un tema sencillo. No existe un solo amor. Yo siento satisfacción al amar. Siento realización al hacerlo, al colaborar con otros, sobre todo a través de las palabras y los oídos. Porque el contacto físico a veces me ahoga. Pero me desenvuelvo bien al utilizar mis dotes de escritora novel.

Me considero una palabra: "yendo". O como me apodaron... "viento puro". A veces me duele serlo, pero al sentirme siempre libre tengo la cintura para reconocer el dolor, aceptarlo y transformarlo. No siempre me va bien, la vida es así y lo entiendo.

Quiero todo y no quiero nada. Me aburre aburrirme, me gusta bailar cuando mi casa está vacía. Poner el volumen al máximo y hacer pasos extraños. Me gusta cantar en voz alta en inglés, aunque no sepa ese idioma. Ni siquiera logro hacerlo por fonética, soy pésima. Pero eso me hace feliz. No me gusta elegir, me saca de quicio que me den opciones cerradas y elegir entre una de ellas. Prefiero ver si existe alguna otra opción que no esté en el menú. Porque para mí, la experiencia no se aprende ni se enseña. Si hay que rasparse se raspa bien raspada. Si me dicen que por ahí no es, hago oídos sordos y pruebo, porque nunca no ser terca. Sé cuáles son las probabilidades, pero siempre hay un porcentaje de que pueda ser al contrario, o tal vez sólo distinto de cómo me lo anticiparon, y cuando descubro que tengo razón, el pecho se me infla y explota de emoción. Eso me da satisfacción. No tener la razón, sino el descubrir una nueva opción que no era previsible.

Me considero una palabra: ecléctica. Siempre me dijeron que quiero quedar bien con dios y con el diablo a la vez. Jamás creí en ese verso trillado. Trilladísimo. Lo que pasa es que creo en la evolución, en el cambio. Porque la incomodidad es amiga del cambio. Sé que me debo sentir incómoda en algunas situaciones para poder descubrir el trasfondo y transformarlo. No soy la misma que hace un año, ni siquiera que ayer. Mi cabeza estalla en ideas, en diálogos inventados, en historias, en situaciones que me invento a diario. No cree en dios, pero le rezo por las dudas que exista.

Me gusta estar sola, pero no por mucho tiempo. Nunca descanso. Y si lo hago es invirtiendo el menor tiempo posible, porque no hay que perder tiempo.

Soy otra palabra: intensa. En el trabajo me institucionalizo, en las amistades me empapo, en el amor lo doy todo y más. Como la luna llena, intensísima. Es difícil seguirme los pasos. Siempre soy diferente. Pero mi esencia es la intensidad de todo mi ser. De mis palabras, de mis acciones y de mis pensamientos. No lo quiero cambiar, me cuesta y lo termino aceptando. Aunque a veces me cuesten relaciones.

Soy otra palabra: caprichosa. Uf. Se me instala una idea en la cabeza que ya procesé y se debe dar. Si no se da, pues... no me cruces ese día. Nunca estoy de mal humor, pero cuando lo estoy soy pésima socialmente hablando. Quiero salir de mi cuerpo, quiero arrancarme la cabeza, los brazos y gritar. Porque no quiero pensar en qué me molestó, porque sé que entonces tengo que reconocer mi dote de caprichosa y es más fácil esquivarlo. Porque también soy orgullosa. No tanto, pero a veces sí. Sobre

todo, cuando me dicen que no.

Soy una explosión de sabores, colores y sentidos afilados y desafilados a la vez.

Sobre todo, soy una alumna eterna. Me gusta seguir aprendiendo, indagando, curioseando. Estoy abierta a oír lo que no sé o lo que no entiendo. Me atrevo siempre a preguntar, porque prefiero quedar como inocente a pedante. Porque por más que lo intente no podría ser arrogante, no me cuadra, no me sale.

- Tenemos que hacer lo que nos dice nuestra voz interior.
- No hay una sola voz interior. Son siempre dos, amiga.
- Estás equivocado, la voz que oís dentro tuyo que te moviliza es la intuición y siempre tiene razón.

Él continuó mirando la luna en el descampado donde nos encontrábamos después de habernos fumado unas secas del cigarro verde. Se lo veía seguro de sí mismo y sin titubeos me dijo:

- Son dos. Cuando primero viene la pregunta y luego oís la respuesta, esa voz es el Ego. Distinto es cuando primero viene la respuesta, y luego la pregunta. Eso es la intuición. Es como tener en ambos hombros al diablo de un lado y al angelito del otro.

Le sonreí. Desde el fondo del hígado, como dice Ketut. Él tenía razón. Y a mí que me encanta aprender, escribí esa conversación en un papelito que sobraba arriba de la mesa que ya nada mío reposaba en su madera. Sentía esa casa de paso, aunque todavía no había nada concreto entre él y yo. Hablábamos todas las noches desde hacía más de siete meses acerca del cambio brusco en nuestra relación. Íbamos a cumplir dieciséis años de estar juntos, diecisiete que nos conocíamos y dos de estar casados.

Soy fácil de descifrar, pero difícil de conocer. Soy ambigua. Me gusta el rock, pero bailo cumbia y canto reguetón. A veces me gusta escuchar a Shakira y poner luego de "Loca, ciega sordo muda", un Luis Miguel despechado mientras grito con el cepillo de pelo en la mano haciendo de micrófono "si no supiste amar...ahora te puedes marchar".

-Hace años que estamos juntos y todavía me seguís desconcertando.

—Gracias -le dije sonriendo.

—No es gracioso, yo a veces no la paso muy bien.

Le sonreí y lo minimicé. Pero fue un diálogo profundo, aunque corto. Yo que creía en la transformación, amé que me diga que no era igual siempre. Porque uno de mis miedos es ser predecible. Y a veces lo soy. Pero creo saber jugar con ello.

Pasé muchos años en compañía de una gran persona. Con él aprendí de todo un poco. Me hizo crecer. Crecimos juntos, acompañando cada momento individual de cada uno. Pero un día esa vocecilla que da primero la respuesta y luego vienen las preguntas, me habló, salió desde adentro sin pedir permiso, en el momento menos pensado, así como cuando doblas a la izquierda por la calle y te chocas de frente con eso que no esperabas, pero te alegra. Sin pensarlo. Te alegra y no tanto. Ambiguo, como yo. Inesperado.

Cuando converso con posibles nuevas amistades, lo primero que pregunto es el signo solar. Amo intentar adivinar el signo zodiacal en plena conversación, aunque siempre le erre. Porque me anoté en miles de cursos de astrología, pero nunca avancé.

Actúo, todo el tiempo juego a ser actriz, me entretengo haciendo divertir a los otros. Satisfago mis más íntimos deseos del alma cuando provoco la risa en otros, aunque a veces esté vacía por dentro. La sonrisa ajena me provoca anestésicamente placer. Es el placebo para mis días de nevisca y bruma enceguedora.

Amo un montón de cosas. Amo ver a la gente con auriculares mientras bailan al compás de aquellas notas indescifrables a las que le pongo mi música o canción preferida. Me río si oigo reír a carcajadas a un desconocido por la calle o sentado en un bar. Me gusta cuando la gente va hablando sola como si estuviera junto a otra persona. Amo a los locos, a los perros y hace poco se animó a amar a los gatos y a los niños.

—Hay una sola forma de hacer las cosas.

—¡Eso es una locura! —me enojé, puesto que me molesta que no haya opciones.

—Si vas a hacer algo, cualquier cosa, lo primero que tenés que hacer es predecir los posibles infortunios que pueden ocurrir para, de esa manera, estar preparado y poder contar con varias herramientas o caminos por si sucede lo que pudiste prever.

Fruncí el ceño le respondí inocentemente:

–Entiendo el punto. En cambio, yo no predigo nada. Voy y lo hago, a lo sumo resuelvo en el momento, quizá no resuelva óptimamente, pero rápido seguro. A veces sólo necesitas resolver, para continuar con lo que estabas haciendo.

Quedamos callados en esa habitación llena de humo y olor a sahumerio de naranja. Ambos teníamos razón. No existe manera única de afrontar las situaciones.

Yo tengo mi estilo. No sé bien cuál es, no es definitivo, algunos me tildan de clásica, otros de hippie, otros de correctita. Me siento tan géminis que no sé qué sentir. Nunca me gustó pertenecer a un grupo o a una idea. Me parece ridículo y casi nefasto e incrédulo pertenecer a una ideología cerrada. No me explico cómo hace la gente para que toda una idea le cierre por todos lados, me pregunto y me re pregunto si todo lo que encierra esa ideología me representa, y todas mis respuestas son un rotundo "No".

Me considero espiritual, pero a la vez muy terrenal. Me dejo hacer reiki pero no siento la energía, la conexión, aunque sé que está allí. Me gusta recomendar biodecodificación y registros akáshicos, pero nunca los hice. Pero sé que bien planteados pueden ayudar al otro que lo necesita.

Quiero y no quiero. Hago y no hago. Digo y callo. Amo y odio. No me gustan los nombres que empiezan con "No", porque de pequeña me bajaron la línea de que eran negativos. Aunque mi segundo nombre comience con esa sílaba. Así de errante ando por la vida. Así, mezclando colores para ver qué nace de eso. Como si mezclar negro con blanco resultara un violeta casi fucsia. Lo busco, lo intento y hasta lo veo a ese color.

Basta andar un solo día con el semblante serio para que todos a mi alrededor me busquen la mueca y pueda mostrar los dientes. Pero si no quiero no les doy lo que esperan. Me gusta que me pregunten qué me pasa, porque recién ahí es cuando puedo meditar acerca de ello, de lo contrario, sigo enojada, ofuscada o frustrada. Me gusta estar de mal humor, me gusta enojarme. Pero me gusta más desenojarme, que lo hago casi siempre a reloj en cinco minutos. Me río de mí y de mis pensamientos y resuelvo inocentemente lo que compliqué sola en su ausencia de serenidad.

No me gustan los halagos. No sé cómo actuar o qué decir. Me incomoda. Sin embargo, elijo siempre estar en escena. Me había anotado en teatro, sonreí toda la clase. Pero no sé si voy a continuar. Porque soy eso:

discontinuidad e indisciplina. Mutación y movimiento.

No me gusta que critiquen mi accionar. Me molesta y me irrita que me descubran los dones para mandarme cagadas. Para mí, no son cosas malas, son cosas y ya. Me pregunto cuál es el parámetro de la normalidad, me pregunto quién es el verdadero loco, me pregunto quién es el que tiene más sentido común, si al fin y al cabo el sentido común es el menos común de todos los sentidos.

UNA MAÑANA DE FEBRERO

El día anterior me lo pasé fenomenal en compañía de mi mamá, que estaba de visita, y un grupo de amigos de los más variados gustos y colores. Nos fuimos a recorrer distintos lagos para tomar mates y agradecerle a la vida por vivir en un lugar soñado y lleno de naturaleza. Nos sacamos fotos y comimos brownies locos, mi mamá fumó porro y dijo que le habían caído mal los mates.

Cuando bajaba el sol descansamos en una playita al lado del lago, ya sin mates nos dedicábamos a admirar el atardecer furioso anaranjado que asomaba detrás de las montañas veraniegas. Fue cuando en un suspiro miré a mi alrededor, a la gente que me rodeaba, la que me hacía feliz, mi vieja, mi primo, un par de amigos del laburo, Gasti. Y me di cuenta que faltaba él. Sin dudar lo llamé, como prueba de fuego, a ver si mi corazón hacía callar a mi niña interior y volvía a revivir la llama que ella soplababa para apagarla.

—¿Querés venir a la bajada del kilómetro 4? Estamos mirando el atardecer.

—Dale, ya voy.

Lo esperé con la ilusión y la idealización que siempre le he tenido. Soñando que actuara de la manera que yo quería verlo actuar, saludando a todos y a cada uno de mis amigos, charlando de la vida y sonriéndole a todos.

Nada de eso sucedió. Llegó, no me encontraba, me llamó para putear el lugar que había elegido y recalcarme lo mala que era explicando y dando coordenadas. Me cortó la llamada cuando intenté explicarle dónde estábamos sentados en aquella playa de dimensiones pequeñas. Se trataba solo de caminar unos pasos y nos avistaba de maravilla. Pero prefirió aflorar su lado más salvaje y darme más envión en la decisión que

se formalizaría la mañana siguiente sin meditación previa.

Llegó, hizo saludo general, se sentó alejado de todos sobre una piedra. Recuerdo sentirme en medio de un oleaje furioso y espectadores admirando aquel espectáculo, y yo haciendo de barrera para que aquella furia de agua no salpique la tan bonita energía de los espectadores de atardeceres.

Entonces entré en razón, sabía que por ahí no era más el camino. Mis huellas ya no estaban a su lado. Era momento de correr los yuyos y divisar un nuevo sendero. Sola. Porque si no acompañaba mi felicidad, entonces no podíamos acompañarnos más.

Me cambié, me pude el perfume que me había regalado, y abrió los ojos. Mamá preparaba el desayuno en la cocina. Lo miré y le sonreí con ternura, con lástima. Me agarró la mano antes que pueda salir del cuarto, me miró a los ojos y me dijo:

—Perdón por la escena de ayer. Me comporté como un idiota.

—Te perdono.

Le dije siéndole sincera. Pero se dio cuenta que algo se había quebrado para siempre. Entonces tomó aire y me volvió a apretar la mano, colaborando con lo que yo no podía hacer sola:

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza y el nudo en la garganta.

—¿Te quieres separar?

—Sí. Quiero vivir sola.

Me soltó la mano, diría que con enojo más que con tristeza.

—Desde ahora no me llames más "gordo", somos Malena y José.

Le volví a sonreír con pena, apretándole los labios.

—Me tengo que ir a trabajar.

Y me fui, no sin antes comentarle a mamá que me acababa de separar. Abrió los ojos gigantes y se llevó la mano al pecho:

—¿Y yo ahora qué hago sola con él?

—Mamá, no pasa nada no es boludo ni mala gente José.

Y así comenzaba este proceso.

DIA DIEZ

Escucho el viento de afuera. Suena como el recorrido de los suspiros largos dentro de mi pecho. Airoso, limpiando algo, que aún no sé qué es. Duelen las partidas, duelen las despedidas, y todo ese cliché mediocre de telenovela. Ayer estuvimos frente al lago, en un lugar donde no habíamos ido nunca juntos. Tomamos una cerveza en la lata medio caliente. Ninguno quería comenzar la conversación, pero él la quería más que yo. Porque él siempre tiene algo para decirme. Lo dejé hablar, sé sus intenciones, las supe desde el primer mensaje del día anterior. Pero yo no quería lastimarlo más. Lo dejé hablar e intentar convencerme de que lo que él decía era lo correcto y quedaba en el subconsciente. Pero hablé, y con el dolor en el pecho le dije que mantenía la postura. Lo amé en ese momento, amé su nariz fina y puntiaguda, amé sus cejas tan tupidas, amé sus canas. Amé su sonrisa, por sobre todas las cosas amé sus ojos cristalinos llenos de amor y ternura. Lo amé como se ama a un ser entrañable.

Luego del entierro de nuestras almas unidas, tomamos un colectivo por otra cerveza, esta vez más fría, como nuestra relación. Jugamos al metegol, que me ganó por goleada y hubo un par de sonrisas sinceras frente a la victoria. Comimos también y hablamos de proyectos futuros donde ninguno de los dos compartía viaje con el otro. Cansados llegamos a la casa que aún compartimos. Lo despedí en el quicio de la puerta de su dormitorio y nos quedamos mirando con amor verdadero, y se le escapó un "te amo" más tierno que jamás oí. Y se echó a llorar pidiéndome disculpas. Me lancé a abrazarlo y a decirle que no me pida disculpas por brindarme ese amor tan puro, pero no me animé a decirle que yo también lo amo a borbotones.

Y acá estoy, tomando mates y recordando el día tan lindo de ayer. Raro, pero lindo.

DIA ONCE

Hoy me despertaron las ganas de comer un rico cheesecake. No pensé en nada más que eso mientras me colocaba el jean y salía de casa con las gafas negras y el barbijo. Llegué, comí y abrí la pc para buscar aéreos

baratos.

Ayer por la tarde al final no pude acompañarlo a sacar pasaje. Estando en la parada del colectivo pensaba que no sabía si era tan sano acompañarlo en ese momento. Pero, ¿quién dice cuando es sano algo? Yo creo que mi corazón es el delator. Y así lo sentí ayer cuando me ofrecí a acompañarlo. Sin embargo, para mi sorpresa el colectivo estaba tan lleno de gente que no frenó en la parada. Y en mi cabeza un inevitable "por algo son las cosas" se me hizo carne. Aunque mi madre diría que la frase está mal elaborada y que en realidad es: "Para algo son las cosas". Tal vez tenga toda la razón. Lo esperé en casa, pero ayer tenía un estado calamitoso y él otro tanto. Me comentaba que ya no era angustia lo que sentía, sino que palpaba cada vez más cerca este proceso, que ya lo iba asimilando al cierre y dolía. Yo pensaba lo mismo que él. Lloramos. Nos recostamos cada cual por su lado hasta que le ofrecí tomar unos mates. ¡Si los mates hablaran! Cuánta compañía en cada momento tienen ellos, mil historias para contar. Pero ya no sabían igual, estaban lavados y algo tibios. Tomamos sin ganas de tomarlos. Hasta que partí al trabajo. Por la noche al llegar de nuevo a casa lo vi recostado casi dormido, se levantó y lo abracé para desearle buenas noches. Mantenía el televisor encendido, lo conozco, lo hizo para estar entre dormido para ver si llegaba. Nos deseamos buenas noches.

No había cheesecake en la pastelería de mi barrio, ese con el que me había levantado antojada. Diría mi mamá que para algo son las cosas. Me compré una ensalada de frutas. No estoy llorando, pero me apena esta sensación de incertidumbre. Busco vuelos para viajar, pero no sé si quiero viajar ya mismo. No sé qué quiero hacer. ¿Es normal?

DIA DIECISÉIS

Acá estoy. Toda rota. No sé en cuántas partes se puede desarmar mi cuerpo y mi mente. Decir: "en mil pedazos" me suena trillado, pero ahora lo siento posible. La decisión que he tomado me lleva a un giro de 180 grados en todos los aspectos de mi vida. ¿Es realmente lo que deseo? Hoy digo que sí, pero todo esto que es indescriptible, es todo mío, el ciento por ciento es mío. Hice las cosas mal, y mi corazón lo sabe, lo siente y necesita una depuración en soledad. Porque cualquier cosa haría, menos herir a una persona que amé, amo y amaré por el resto de mi vida. Si no suma, que no reste (¿no es así Juanma y Antito?). Necesito transitar un camino que no sé, no tengo idea cuántos kilómetros de viento y polvo y nieve y sol y lluvias y barro pueden llegar a alcanzar para sanar este corazón y sobre todo aplacar a mi mente impura.

Hace unos días tenía la certeza impoluta. Hoy veo todo con distintos ojos. Sé que es una buena decisión, pero también sé que existen quizá otras

alternativas no tan drásticas, pero a esas no me fío. Sería como estirar una soga dura de yute que no tiene elasticidad. Se puede romper y no quiero que se rompa, porque no se volvería a unir homogéneamente.

Un buen amigo me advirtió de los momentos de soledad absoluta que padeceré, o tal vez no, puesto que soy una acérrima defensora de que la experiencia no se aprende ni se enseña. Pero es inteligente escuchar a quienes vivieron situaciones similares. Siempre se aprende. Continuamente estoy aprendiendo, pero duele mucho. Afrontar situaciones difíciles es complicado. A veces sólo quiero tener la mínima preocupación de que suene la alarma y tenga que ir a la escuela nuevamente. Ser niña. Pero sé que eso ya pasó. Soy una mujer adulta, con miles de defectos, miles de secretos, miles de sensaciones y miles de proyectos.

Se fue. Y ahí me vi en otro plano. Todas las películas de amor terminan sus finales felices en una terminal de ómnibus o tren o aeropuerto, no importa cuál sea, lo importante para hacerlo contundente es un pasaje en mano, ver abordar a esa persona y ver también cómo se marcha. Fue desastroso. Me aguanté el llanto. Lo abracé y le tuve que pedir que él también lo haga. No fue genuino. Nuestro mejor amigo lloró en silencio mientras nosotros irradiábamos tristeza, desolación, desesperación, miedos, ternura, ira y arrepentimiento. Pero no nos dijimos nada. Bastó de mi parte un "buen viaje" para verlo subir por las escaleras sin mirar atrás. Me clavó un cuchillo sin filo en mi tórax, si es que allí habitaba tranquilo mi músculo palpitante, lo sentí. Lo oí gritar de dolor. Me aferré al pecho de mi buen amigo expectante de aquella fatídica despedida. Aferrada a mi decisión, pero, hecha trizas por dentro. Estoy cansada de lastimarlo. Me agobia, me estresa y me harta hacerlo. Necesito sanarme. Necesito sanar mis heridas, mis malos pasos, limpiar el polvo de la calle de mis sueños. Tengo las zapatillas agujereadas de andar pisando piedras y seguir dándole para adelante. Necesito frenar, respirar y tomar calma para saciar la sed que tengo de irme para adelante. Necesito juzgarme, pensarme, pero también coserme, abrazarme y amarme un poco más. Necesito conversar conmigo, mirarme al espejo ver qué dicen mis ojos, qué me susurra mi alma. Necesito el silencio. Necesito silenciarme.

Estuve todo el día en compañía. Me hizo bien. Pero en los minutos de soledad, al caminar por estas calles de tierra donde se respira naturaleza y aire puro, dejé desinflar el agua salada que estaba hinchando mi garganta y mis lagrimales. Me sentía en una novela dramática. Todo me recuerda a él. Pero también supe distinguir que todo lo que habíamos transitado juntos un tiempo atrás, yo estaba omnipresente. No estaba ahí. Estaba más adelante. Y yo, ilusa, pensando que estaba viviendo el presente. No fue así. Estaba más allá, me había soltado de su mano y corría entre los pastizales dando brincos, olvidándolo a él que me seguía con una sonrisa detrás, viéndome florecer, viéndome reír a carcajadas, pero con el miedo a flor de piel, porque me conoce. Siempre supo que

esto iba a suceder tarde o temprano, sin embargo, me dejó hacerlo. Y acá estoy. Sola con mi decisión, pensando que está bien haberla tomado, pero también sabiendo que tal vez exista una mínima duda dándome vueltas por el corazón que me titila una cosa y la mente que me susurra otra, y mi alma esperando que se acallen los dos para poder tomar el volante del asunto.

Hoy tuve dos invitaciones, que en tiempo pasado las hubiese meditado poco y nada. Tal vez hubiese asistido a ambas, un rato en cada una. Pero mi voz interior, esta a la que escucho con atención últimamente me dijo: "Querés ir a casa, llorar tal vez, escribir quizá, pero necesitas y deseas llegar a casa y estar con vos". Y me siento orgullosa de haberme hecho caso. Parece una tontera, pero no es nada tonto. "Tonto es el que hace tonterías", diría la mamá de Forest Gump.

Prendí un sahumero de los que me gustan, abrí la alacena y puse la pava. Me tomé un té bien dulce para aplacar mi garganta saturada. Mi mamá me preguntó si me dolía algo por mensajito de whats app cuando me escribió justo en ese momento en que estaba tomando el té, como si fuera bruja, e instintivamente le dije que me dolía el corazón. No puedo ocultar más mis emociones. Hay un filtro que se limpió. Y necesito que ese filtro lleve la pureza a cada parte de mis sucios recovecos.